

**NOVIEMBRE 1998****Los Balcanes: la política exterior en la zona**

*Por Andrei Gabriel Pleșu  
Ministro de Asuntos Exteriores de Rumania*

Me he preguntado qué podría decirles que sea de verdadero interés para ustedes con respecto a un país que se encuentra bastante lejos y al cual redescubrieren como un país de la misma familia y como un socio. De todos modos, estén seguros de que será otra cosa de lo que se imaginan.

Estoy seguro que los países del mundo y los países de Europa del Este son más sorprendentes de lo que podemos imaginar: lo real es más impresionante que la imaginación. Un escritor muy famoso en Rumania, en el prólogo de un libro sobre la zoología fantástica, dice que los animales imaginados son menos reales que los animales reales. A continuación, voy a continuar con unas palabras sobre la situación actual de Rumania. En síntesis, diría que sufrimos en este momento de dos enfermedades principales: una del orden interno y una del orden externo. El problema del orden interno se llama transición. Es el reto de mudar de un sistema totalitario con una economía centralizada a un sistema liberal-democrático con una economía de mercado. Entre estos dos órdenes hay un intervalo. Cuando se atraviesa, como nosotros, ese intervalo, hay un momento de crisis real en el que uno se encuentra a mitad del intervalo. Rumania, metafóricamente, atraviesa el agua y, cuando se atraviesa un río, el momento más difícil es cuando se está en la mitad del mismo, porque no se ve ni la orilla de origen ni la del destino y tiene uno la impresión de que se va a ahogar. A veces tenemos la sensación de que estamos en la mitad de un río.

En esta situación existen tres tipos de hombres: hombres menos vitales y menos inteligentes se convierten en nostálgicos y piensan en regresar a la orilla de la

\* Sesión académica en el Consejo Argentino para las Relaciones Internacionales el miércoles 18 de noviembre de 1998.

cual partieron. Esta sería una solución para suicidarse. Otros no tienen la audacia ni para volver ni para avanzar, y entonces se ahogan. Otros elaboran una teoría. Los teóricos se ahogan últimos. Esta teoría se llama la teoría de la tercera vía. Quedarme en la metáfora en que estoy significaría esperar a que uno pueda alcanzar las orillas desde el medio del río en que se encuentra. He observado que hay en estos momentos, sobre todo en los ambientes socialdemócratas, en Inglaterra por ejemplo, pero también en Alemania, un esfuerzo para pensar en una tercera vía que combine la protección social con el liberalismo. Esto es posible en los países en los cuales el liberalismo está muy avanzado, pero en países en los cuales ni lo uno ni lo otro están consolidados, la tercera vía no lleva a nada.

La única solución en la crisis de mitad del río para los países de Europa del Este es correr hacia la orilla donde uno se ha propuesto llegar. Durante la transición a un sistema democrático a veces se tiene la sensación paradójica de que la forma más sencilla sería recurrir a medios no democráticos para avanzar más rápidamente. Es muy difícil transitar democráticamente hacia la democracia. Los comunistas supieron que para cambiar el sistema tenían que hacerlo a través de la fuerza. Pero nosotros no podemos adoptar

los mismos medios, y en esto está nuestra desventaja. Pero prefiero pagar el precio de ir a un ritmo más lento a proceder arbitrariamente y en contra de los derechos fundamentales.

La segunda enfermedad que sufrimos se refiere a nuestras relaciones exteriores. Lo denominaría como el síndrome de la “no pertenencia”. En cierto momento Rumania se despertó en 1947 confiscada por Eurasia. Un país sin tradiciones de la izquierda se convirtió en un país comunista. Hemos tenido una adherencia impuesta al bloque soviético. Para nosotros, fue un episodio no esperado que nos hizo perder en un instante nuestra identidad. Un extraordinario escritor ruso después de la revolución de 1917 dijo: “una cortina pesada cayó sobre el escenario del mundo. Vamos a recoger nuestra ropa e ir a nuestra casa - ¿qué ropa y qué casa?”. Esto sería un resumen de lo que significó el gran paso hacia el comunismo. Hemos ingresado en una especie de ideología que suprime todas las ideas, junto a dos o tres ideas fijas que cultiva el materialismo. Y como decía otro escritor: “hace desaparecer la materia”, transforma la hipocresía en una doctrina y el resentimiento en una motivación para hacer carrera.

Esto se interrumpió en 1989, de forma igualmente inesperada, tal como apareció. Hemos dejado de estar apegados al bloque soviético, pero no hemos sido todavía recuperados por el bloque occidental. Si se quiere, se puede decir también que es el mismo síndrome de la “mitad del río”. Hemos tenido un sentimiento de frustración y de marginación porque siempre supimos que estábamos integrados al mundo occidental. Hemos sabido que fue un accidente, que no merecíamos ser dejados del otro lado de la cortina de hierro. No se nos ocurrió decir que pertenecíamos al mundo del cual hemos sido separados.

De todos modos, teníamos una ubicación aparte. En Europa del Este, somos un país relativamente grande, segundo en tamaño después de Polonia, con más de 22 millones de habitantes. Somos un país que habla un idioma latino, aunque tiene alrededor poblaciones que no hablan idiomas del mismo origen. Por otro lado, aunque somos latinos, no somos católicos, sino del rito griego-ortodoxo, un hecho bastante complicado que crea en sí las premisas de un emplazamiento difícil.

Nuestro país está dividido en tres grandes regiones: una región, la de Moldavia, hacia el este, se abre hacia Ucrania y Rusia; otra región, hacia el sur, que se llama Muntenia, Valaquia o

el País Rumano, que se abre hacia los Balcanes; la tercera región es Transilvania, sobre la cual todo el mundo sabe que es el territorio de Drácula –aunque nosotros hemos tenidos Dráculas en otras regiones también– y está más vinculada al oeste europeo.

Las cosas son complicadas, pero interesantes. Hay bastante presencia Balcánica en el sur para tener una relación estrecha con los Balcanes. Sin embargo, no estamos en los Balcanes. Al norte del Danubio, de vez en cuando nos sentimos los escandinavos de los Balcanes. En cambio, nos sentimos los balcánicos de la Europa Central. Transilvania es una región rigurosa como es en general el occidente de Europa, pero le falta un poco de imaginación. La región en el sur tiene imaginación en gran cantidad, pero le falta rigor. Recuerdo que estuve de paseo con un profesor norteamericano por Moldavia, donde se encuentra un verismo eslavo amplio y cierta lentitud. El viaje en coche hasta el norte de Moldavia dura nueve o diez horas, es decir, un día luz. Mi amigo norteamericano siempre miraba por la ventana, y en todas las horas del día veía la misma cosa: una persona sentada en el camino –no la misma persona. Al final, como era de origen inglés y tenía el espíritu de la discreción, me dijo: “there is a

lot of sitting going on here.” “Sitting” es una forma de actividad en los mundos orientales, y de algún modo lo que nos rescató de los cincuenta años de totalitarismo: “you just sit”. Nos hemos quedado más esperando que el tiempo pasara. Algunos interpretan esto con estar con la cabeza entre los hombros como una resistencia pero también es una forma de sabiduría.

Deberíamos tener tres políticas exteriores: cierta política hacia el este (hacia la Federación Rusia y Ucrania), una política hacia Europa Central y Occidental, y una política balcánica. Por su ubicación, eso haría de Rumania una zona de paz y la ubica en una posición muy interesante para influir en su entorno. Tal como estamos ubicados, somos competitivos e influyentes hacia muchos ejes. Geográficamente, tenemos una ubicación intermedia, estamos en una buena encrucijada, y esto nos exige un determinado tipo de conducta.

Por ello, debemos estabilizar la situación en el país, cosa que demostró ser mucho más difícil de lo que nos imaginábamos. En primer término, porque es muy difícil reanimar un organismo que está en coma y, en segundo lugar, porque estamos en un contexto que genera dificultades. Nosotros tenemos que reactivar el crecimiento económico con un trasfondo global particular.

Tenemos que integrarnos a la Unión Europea mientras la misma Unión Europea se pregunta qué es Europa e integramos a la Organización del Tratado del Atlántico Norte mientras ella trata de definir su objetivo estratégico y enfrenta una serie de riesgos nuevos que no existían hace unos años, por lo menos en nuestro vecindario. Por ejemplo, el narcotráfico o el tráfico de armas. También intenta encontrar su lugar en un mundo que ya no tiene el orden bipolar al cual estábamos acostumbrados.

Estamos corriendo detrás de un ejército que está corriendo y tratamos de orientarnos hacia un entretelado de organismos internacionales en plena crisis de identidad. También falta simetría entre nosotros y el mundo al cual queremos integrarnos. Las prioridades de nuestro progreso –vistas desde Europa Occidental– no están siempre en el mismo orden de nuestras prioridades. Tal vez en este entretelado deberíamos agregar la cuarta forma de política; tal vez deberíamos pensar en una política exterior transcontinental; tal vez deberíamos integrarnos al Mercosur y adoptar métodos de integración que en este continente son más adecuados que nosotros. La integración aquí tiene un aspecto menos ambicioso, pero más pragmático y más

funcional.

No he dicho todavía nada sobre el hecho de que también existen algunos complicados focos de conflicto alrededor de Rumania. En el sur, está Yugoslavia con la crisis de Kosovo; hacia el oeste, está Transnistria y Nagorno-Karabaj. Además, en todas partes de la zona hay problemas vinculados a las minorías y problemas vinculados a la transición de un sistema al otro y la recomposición de relaciones entre los estados.

En los últimos años, nos ha preocupado mantener relaciones sólidas con los estados vecinos. Hemos firmado un tratado político con Ucrania, estamos negociando otro tratado con la República de Moldavia y tenemos también con Yugoslavia un tratado político y otro, del cual estamos orgullosos, con Hungría. Hemos logrado resolver el más drástico de los problemas de las minorías. En Rumania hay una gran minoría húngara, la cual constituyó un partido que en este momento integra la coalición del gobierno. Tenemos en el gobierno rumano dos ministros y diez secretarios de estado húngaros. El Consejo de Europa y otros organismos han recomendado este modelo para solucionar el problema de las minorías. A grandes rasgos, ¿en qué ambiente nos movemos, qué obstáculos y qué esperanzas tenemos? Yo estoy seguro que nuestro bagaje de

recursos humanos naturales nos da perspectivas para un equilibrio eficiente, y estoy seguro de que nuestras relaciones con los países más importantes del mundo terminarán por crear una red de buena voluntad y éxito.

**Andrei Gabriel Pleșu** / Licenciado en Historia del Arte de la Universidad de Bucarest. Filósofo, ensayista, periodista, crítico de arte y literatura. Ministro de Cultura de Rumania (1989-91), Ministro de Asuntos Exteriores (1997-99) y Asesor del Presidente para Asuntos Exteriores (2004-05).

Para citar este artículo:

Pleșu, Andrei Gabriel (1998), "Los Balcanes: la política exterior en la zona" [disponible en línea desde enero 2015], Serie de Artículos y Testimonios, N° 103. Consejo Argentino para las Relaciones Internacionales. Dirección URL: <http://www.cari.org.ar/pdf/at103.pdf>